

## UN BELLO ARTICULO DE DON ALBERTO INSUA ACERCA DE JUSTO DE LARA

En «La Prensa», el gran periódico de Buenos Aires, en el número correspondiente al pasado 10. de septiembre, publicó el ilustre escritor don Alberto Insúa, unas sentida evocación del insigne humanista cubano, colaborador que fué durante largos años del DIARIO DE LA M. RINA, don José de Armas y Cárdenas (Justo de Lara). Reproducimos a continuación el admirable artículo de Alberto Insúa.

**UN GRAN HUMANISTA CUBANO:  
JOSE DE ARMAS Y CARDENAS**

(Por Alberto Insúa)

(Especial para «La Prensa»)

EN octubre o noviembre de 1889, joven escritor de veintitrés años, embarcaba en La Habana, rumbo a la península, con el propósito de visitar a don Marcelino Menéndez y Pelayo, en su casa-biblioteca de Santander.

Entre el insigne polígrafo y el juvenil viajero existían ya relaciones epistolares. Antes de cumplir los dieciséis años había publicado el segundo un artículo titulado «La locura de Sancho». Hacia con él sus primeras armas en el campo de la crítica cervantina, que fué el de sus futuros triunfos. A los dieciocho años publicaba dos ensayos, «El Quijote de Avellaneda y sus críticos» y «La Dorotea de Lope de Vega», que sorprendieron por su erudición copiosa, su excelente análisis y su ágil estilo.

En el tomo inicial de la edición académica de Lope de Vega, al tratar en un apéndice de las últimas investigaciones acerca del Fénix de los Ingenios, asociaba Menéndez y Pelayo el nombre del escritor cubano José de Armas y Cárdenas al de don Francisco Asenjo y Barbieri, el músico y erudito que reveló las más íntimas cartas amorosas de Lope; al de don Luis Fernández Guerra y Orbe, el biógrafo de Ruiz de Alarcón; y al de don Cayetano Alberto de la Barrera, el ilustre bibliógrafo e incansable y eficaz explorador de la selva lopesca.

De este modo, Menéndez y Pelayo armaba caballero de la Gran Orden Erudita al escritor casi adolescente que había esclarecido más de punto en la tan asendereada novela, más o menos autobiográfica, de Lope.

En 1888, un año antes de su viaje a España, había publicado Armas un penetrante estudio sobre Marlowe, el primero de sus ensayos de literatura inglesa, en los que puso todo el tiempo y fervor que le dejaba libre su vocación predominante de hispanista.

De mayo del 89, meses antes de la partida para España, en su artículo sobre «El Viaje del Parnaso», en el cual, según José María Chacón y Calvo—que evoca su figura en páginas admirables—, Armas «reivindica la aptitud crítica de Cervantes y revela un propósito de establecer relaciones y paralelos y de penetrar en el medio histórico que envuelve la elaboración de una obra, que está presente, en formas diversas y sutiles, en la producción cuyos complejos factores trata de determinar el crítico. No de otra suerte podría proceder el ensayista que reconocía, con honda gratitud, el magisterio universal de Menéndez y Pelayo, jefe insigne de una escuela crítica de amplia, fecunda y generosa influencia; la histórico-comparada».

Añadiré como una prueba más del ferviente hispanismo de José de Armas, que su seudónimo, «Justo de Lara», es el nombre que puso Jovellanos al protagonista de su célebre comedia «El delincuente honrado».

—000—

Tenía mucho de celda monacal el despacho-biblioteca de don Marcelino en su casa de Santander. Eran varios y altos los estantes de libros. Tres horas contaba Armas que había tardado en recorrer la biblioteca. Una biblioteca es como un jardín. ¿No son los libros las flores del pensamiento? Había también algunos retratos. El lugar de honor lo ocupaba el de un caballero parecido a Goethe en su juventud: don Manuel Milá y Fontanals, iniciador en España de los estudios literarios de la Edad Media y maestro de don Marcelino en la Universidad de Barcelona. También se veían aquí y allá bustos en barro cocido, quizá algunos en bronce, de filósofos griegos y poetas romanos. Y alternando con ellos, sin propósito de equiparación, naturalmente, otro de Bartolomé José Gallardo, el bibliógrafo («bibliopirata» le llamó Estévez Calderón en un soneto epigramático), cuyas notas y fichas fueron a parar al ingente archivo del polígrafo montañés.

José de Armas y don Marcelino, en aquel encuentro memorable, no hicieron sino confirmar verbalmente una, si no antigua, sincera y honda amistad epistolar. En el hermoso artículo que consagró a la muerte de su maestro, dice Armas que sintió en seguida, en su presencia, una «gran confianza». Recuerda que ya por entonces—1889—había dado cima don Marcelino a obras esenciales. Estaba casi en su final la «Historia de las Ideas Estéticas», que, a la postre, quedó inconclusa; hacía varios años que la «Historia de los Heterodoxos», agotada su primera edición, numerosa para este género de estudios en España, «era ya un libro raro»... Tenía el sabio unos treinta y tres años de edad. «Era un joven delgado, pálido, nervioso, lleno de agilidad y de vida». Armas no olvidará nunca «aquella mañana otoñal, toda placidez, en la hermosa ciudad del Cantábrico». No olvidará tampoco «el espíritu» de su diálogo con don Marcelino, mientras, estante por estante, plúteo por plúteo, va recorriendo a su lado aquel mundo de libros. «En aquellas tres horas—dice—aprendí más historia y literatura que en tres años».

En 1908 volvió Justo de Lara a Santander y a la biblioteca de Menéndez y Pelayo. El polígrafo había envejecido prematuramente. Sigamos, en la descripción de esta segunda visita, a José María Chacón y Calvo (con quien prosigue en Cuba la teoría de los altos críticos literarios: los Varona, los Aramburo, los Armas). «Era entonces don Marcelino un hombre corpulento, de mirar un poco ensimismado. En la estancia había una quietud perfecta. En el jardín, azotado por la lluvia casi constante de la costa cantábrica, había un mágico silencio. Las ediciones príncipes, los ejemplares únicos, los códices iluminados van pasando en la apacible y deleitosa conversación. El maestro y el discípulo sienten la suave melancolía de aquella hora. Habla don Marcelino de la áspera condición de la vida, de la ingratitud de los hombres».

Recordemos que otro de los grandes discípulos de Menéndez y Pelayo, Adolfo Bonilla y San Martín, su más fervoroso y el mejor informado de sus biógrafos nos refiere que don Marcelino «se sintió muy solo en sus años postreros, hasta el punto de que cuatro amigos solamente fueron a despedirlo la última vez que dejó la corte para refugiarse y morir en su casa de Santander». Pero, ¿por qué habría de haber sido Menéndez y Pelayo una excepción en la regla salomónica y hubiese disfrutado del raro privilegio de añadir ciencia—¡y tanta ciencia!—sin añadir dolor? Todo sabio «de veras» es un mártir. Már-

tir fué don Marcelino, mártir Justo de Lara (y ya veremos en qué forma). Pero ambos en su propio saber hallaron sus consuelos, sus conformidades y hasta sus júbilos y satisfacciones del amor propio, que en uno y otro sólo rendía parias a la Belleza y a la Verdad.

—000—

Ahora bien: el «mártir» de Menéndez y Pelayo alcanzó la corona del triunfo. En realidad—y en idealidad—hizo lo que quiso. Ahí está su obra. De otra parte, su vida privada, que fué la de un asceta o un estoico, no conoció más dramas—digámoslo sin ironías—que los de Calderón y Lope, los más sagazmente estudiados por su ingenio. La gloria, desde sus primeros pasos por las sendas literarias y eruditas, le acompañó. Y hoy le tiene, «urbi et orbi», por uno de sus hijos predilectos.

En cambio, su gran discípulo Armas y Cárdenas fué un mártir de los que confían a lo venidero su aureola, que puede o no fulgir, o fulgir sólo para unos cuantos espíritus concedores de su «santidad intelectual». Fué Armas—como rememora, delicadamente, Chacón y Calvo, y como yo mismo podría atestiguar—, la víctima, noble y silenciosa, «de un dolor cotidiano», que era el de la enajenación mansa, pero incurable, de su amada compañera. Pero aún así, «en mitad de la lucha áspera y dura con el mundo, supo construir también su refugio».

Tuvo una biblioteca pequeña, apartada de la ciudad (Madrid), recogida, con cierto aire de humildad en los nuevos estantes. Desde su ventana se veía la sierra, también miraba a un jardín. Aquí pasaba casi toda su vida, cuando la biblioteca casi entera no la hacía trasladar a su lecho de enfermo. «Allí veía ya—refiere Chacón y Calvo—los volúmenes nuevos, relucientes: ediciones de Plotino, cuidadas por la Universidad de Oxford; de místicos e iluminados de la Edad Media, de Swedenborg (el de la «Arcadia Celeste»). Los libros recién comprados parecían indicar una nueva fase en su vida. Un resurgimiento de la inquietud ideal, un ahincado deseo de dirigir la mirada lejos del mundo. En aquel apartamiento, junto a los días dolorosos sin términos, el espíritu daba su obra».

Digamos ya que «la obra» de José de Armas tuvo dos aspectos o direcciones, no opuestas, sino paralelas. Fué la de un crítico literario sagaz y renovador, y la de un periodista de altos vuelos. Iniciada la guerra del 95 salía de Cuba Justo de Lara para los Estados Unidos. Hablaba y escribía perfectamente en inglés. Amigo del gran periodista Mr. Danas, director de «The Sun», cola-

boró en ese importante diario, casi cotidianamente. Fué enviado en misión especial a España, con pasaporte norteamericano, para entrevistar a Cánovas del Castillo. ¡Reportaje histórico! No puede contener su asombro Cánovas del Castillo cuando el joven periodista le dice, en lo más ceñido del diálogo, «que la única solución del problema cubano es la independencia absoluta de la Isla».

La entrevista produjo un gran revuelo, Cánovas la desmintió. Esta protesta oficial acentuó su veracidad a los ojos de todos.

Al estallar la guerra hispanoamericana, el cervantista y estudioso de los orígenes del teatro británico, termina de «doctorarse» también en periodismo moderno. Es nombrado corresponsal del «Herald», a cuya redacción pertenecerá hasta su muerte. Gordon Bennet, su director y amigo, obtiene que sea incorporado como agregado de prensa al ejército de los Estados Unidos.

Son casi cinco lustros de periodismo activo—1895-1916—en lengua inglesa y en el gran diario neoyorquino, sin que esto le impida colaborar en periódicos de La Habana y de Madrid, pues, según Chacón y Calvo, durante la guerra del 14 al 18, escribió Armas desde Madrid «no menos de doscientos artículos en lengua española en defensa de los aliados». Su labor, entonces como corresponsal del «Herald», fué abrumadora. Pero él era hombre para cumplirla, y la cumplió.

Años antes yo le había conocido, en su casa aislada y triste de la Guindalera. Alguna vez vino él a la mía, donde le presenté a otro gran periodista de áurea pluma: Alfredo Vicenti, quien le abrió en seguida las columnas de «El Liberal».

Menos suerte tuvimos cuando, satisfaciendo un deseo de Armas, visitamos a Emilia Pardo Bazán en su casa suntuosa de la calle Ancha de San Bernardo. Era Armas todo sencillez y modestia. Su barba había blanqueado prematuramente. Parecía, por lo alto y ancho de pecho, por la espalda abatida y el paso claudicante, a don Joaquín Costa, a quien yo había comparado con un «coloso enfermo».

Era grande la ilusión del insigne cervantófilo por conocer a «doña Emilia». Hice las presentaciones y, apenas iniciado el diálogo, por parte de la Pardo Bazán con exceso de protocolo, el bendito de Armas va y dice:

—¡Doña Emilia, doña Emilia!... Porque ¿qué mayor título que el de su talento? Para mí será usted siempre «doña Emilia», y no condesa.

¡Tableau!

—No, caballero—repuso glacialmente la autora de «Los pazos de Ulloa»—, mis títulos literarios no anulan mis blasones. Soy y... firmó «la Condesa de Pardo Bazán».

Momentos después, en la calle, me confesaba Armas:

—¡Me he llevado uno de los más grandes disgustos de mi vida! Pero

me recido. ¡Qué falta de mundo! Usted me perdona, ¿no es cierto?

Y yo repuse, conmovido ante tanta beatitud:

—¡A quien no perdono es a ella, a Emilia, a doña Emilia!

Muy raras veces se veía a José de Armas en las reuniones literarias de Madrid—banquetes, conferencias—, y creo que jamás puso el pie en ninguno de los cafés famosos por sus tertulias de escritores, músicos, comediantes y poetas. Fué muy reducido el grupo de intelectuales de la antigua corte que supo de la presencia del polígrafo cubano en Madrid, en barrio excéntrico y solitaria casa. ¿Pero no era él, por razones de carácter e imposiciones tristes de su vida, un solitario, un hombre metido en sí, fuera del mundo, del gran teatro del mundo, de cuyas farsas y dramas prefería enterarse... leyéndolas?

Con todo, fué una lástima que, en la escena matritense de ese gran teatro, donde triunfaron o se distinguieron algunos cubanos—la Avelleda, Labra, Bobadilla, Aramburo y Machado, Hernández Catá—no brillara con toda su luz un ingenio como el de José de Armas, tan nitida y elevadamente hispánico.

Este no bullir, o no poder bullir, de Armas entre los escritores de su tiempo y de su idioma, durante su permanencia en Madrid, resultó agravado por su alejamiento de Cuba. Dice Chacón y Calvo, en su «Evocación de Justo de Lara»: «En primer término la obra de José de Armas y Cárdenas es de muy difícil acceso. Sus estudios juveniles se publicaron en edición limitada y hace mucho que son verdaderas rarezas en nuestra bibliografía. Los libros de la madurez, los más editados en España—«Ensayos críticos de literatura inglesa y española», «Estudios y retratos» «El Quijote y su época»—hace algún tiempo que están asimismo fuera de comercio, ni sé si porque en realidad se han agotado o si un sentido «sui generis» de la propaganda de algún editor relegó la obra de nuestro humanista al lugar más recóndito del almacén editorial».

«Por otra parte, el periodista que escribió incesantemente desde su precoz y bien segura adolescencia hasta los días finales de su vida realizó gran parte de su prolífica labor en lengua inglesa, y este aspecto de su obra brilla por su ausencia en nuestras bibliotecas públicas».

Pero, gracias precisamente a Chacón y Calvo, la revalidación—como se dice ahora—de la obra de Armas y Cárdenas han comenzado en Cuba. No deberá detenerse hasta que

1000064

PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

1800065

4

en todos los países de nuestro idioma sea conocida, apreciada y puesta en su lugar, que no es otro—estimo—que el reservado a los grandes humanistas de aquende o allende, que se expresaron en lengua castellana.

Años hace que existe, fundado por una entidad mercantil de hondo arraigo en la vida cubana, un Premio Justo de Lara. Meses ha en la Séptima serie de los Cuadernos de Cultura que publica el Ministerio de Educación de La Habana, el tomo dos lo integran uno de los magistrales estudios cervantinos de Armas. «Cervantes y su época», y esa «Evocación de Justo de Lara», por José María Chacón y Calvo, que tan útil me ha sido para componer este artículo. Con el cual no pretendo sino contribuir al «interconocimiento» de los más puros valores espirituales de nuestra América donde tantas inteligencias preclaras se «ignoran todavía» y tienen que descubrirse poco a poco, entre sí.

*Imp. en 5/47*